



**TRAZOS Y RISAS.
LOS CARICATURISTAS AREQUIPEÑOS.**

Zevallos Velarde, Omar
Arequipa: Cuzzi y Cía, S.A
2010 / 264 pp.

¿Cuál es la función de la caricatura? ¿Qué características personales suele poseer un caricaturista? ¿Qué hace que la obra de un caricaturista sea inolvidable? ¿Por qué Arequipa es considerada la ciudad que más caricaturistas ha dado al Perú? Esta y muchas otras preguntas son las que Omar Zevallos intenta responder a lo largo de este libro de gran formato titulado *“Trazos y risas. Los caricaturistas arequipeños”*. Y es que Zevallos es también un destacado caricaturista y periodista que además proviene de una familia y de un entorno de artistas en su natal Arequipa.

En el prólogo a esta obra, Pablo de la Vera Cruz nos dice que Zevallos no ha querido incluirse en su propio libro como uno de aquellos grandes representantes de la caricatura arequipeña, “aun cuando su presencia como artista y promotor es visiblemente importante” (p. 6). Ello como muestra de su modestia y sencillez de carácter, pese a ser un artista de importante desempeño que ha ganado premios internacionales por su obra humorística en Cuba, Japón y Bélgica y que ha expuesto en Salones de Humor y Museos en Cuba, Japón, Bulgaria, Francia, España, Inglaterra.

Zevallos elabora este libro con la intención de rescatar del olvido a generaciones de caricaturistas arequipeños que lo precedieron y que fueron importantísimos en el acervo de la caricatura en nuestro país. Alternando datos biográficos así como representaciones gráficas de

sus obras, Zevallos pretende contar la historia de estos artistas “como si fuera una crónica” (p. 9).

El libro, editado en Arequipa, tiene características especiales que lo distinguen claramente de otros de su estilo: gran formato, impreso en papel couché, que alterna de manera didáctica datos biográficos de los artistas que reseña, así como algunas de sus obras, el contexto histórico en el cual se desenvuelven, así como datos curiosos que resultan de mucho interés. Por el resultado final nos atrevemos a decir que esta obra ha sido elaborada con mucho cariño y sumo cuidado, bajo la atenta mirada de su autor.

La obra está dividida en 11 capítulos a lo largo de los cuales se devela, en orden cronológico, la vida y obra de los más destacados caricaturistas arequipeños. En el primer capítulo titulado “*¿Qué produce Arequipa?*”, el autor esboza la premisa que la “Ciudad blanca” es cuna de los más grandes caricaturistas de nuestra historia republicana. En palabras de Mario Polar Ugarteche, la ciudad de Arequipa ha producido el 90% de caricaturistas peruanos. Entiéndase la caricatura como el dibujo humorístico que conecta con el espectador a partir de la exageración de los rasgos del personaje caricaturizado, a veces imperceptibles para el ojo no entrenado. En palabras del caricaturista argentino Ramón Columba, “La caricatura es un destello, una chispa que busca iluminarnos el alma a través del lápiz, la pluma o el buril del artista” (p. 15).

Con esta obra, Zevallos también busca rescatar del olvido a artistas que ya no son recordados por sus coterráneos, como es el caso de Mario Agostinelli Fernández-Dávila, escultor y caricaturista, más conocido y valorado en Brasil que en su tierra natal. Victor Mendívil quien, según Zevallos, poseía “un lápiz diabólico”, que lo llevó a criticar con su pluma al gobierno dictatorial de Sánchez Cerro, razón por la cual Federico More, director del periódico donde trabajaba Mendívil, fue retado a duelo por el hermano del dictador. Esta sería la única vez que una caricatura provocó una confrontación de esta naturaleza en nuestro país.

En los primeros capítulos de la obra, el autor hace un repaso por los años fundacionales de nuestra República donde ya podemos encontrar la obra de los pioneros de la caricatura arequipeña. En los capítulos 3 y 4 el autor trabaja la biografía y obra de los más grandes

caricaturistas no sólo de la historia arequipeña, sino de la misma historia de nuestro país. El tercer capítulo titulado “*El mago del lápiz*” es dedicado íntegramente a la figura de Julio Málaga Grenet, considerado por muchos el más grande caricaturista peruano de todos los tiempos. La vida de Málaga Grenet transitó entre fines del siglo XIX, es decir entre la crisis post-Guerra del Pacífico y la ocupación chilena de Arequipa, y gran parte del siglo XX. Su vida transcurrió entre su Arequipa natal, la ciudad de Lima, Valparaíso y Buenos Aires, donde llegó a trabajar en 1910, después de haber tenido que salir del Perú a la fuerza debido a una caricatura que hizo del entonces presidente Augusto B. Leguía, en su primer gobierno, que provocó la ira del mandatario. Ya en Buenos Aires trabajó en la prestigiosa revista “*Caras y Caretas*” así como en otras publicaciones periódicas, convirtiéndose en uno de los más importantes dibujantes de Argentina. El talento de este artista de la pluma y del humor lo llevaría a recorrer el mundo. Nueva York, Madrid, Portugal, París fueron testigos del enorme talento de este talentoso arequipeño universal. El capítulo 4 está dedicado a la obra de otro gran artista mistiano, el acuarelista y caricaturista Jorge Vinatea Reinoso. Vinatea es un artista entrañable para los arequipeños que lo ponderan, no sólo porque fue un finísimo acuarelista que retrató en sus obras los usos y costumbres del pueblo arequipeño, sino también porque desde muy joven demostró un talento muy agudo para reflejar irónicamente la realidad política a través de la caricatura. Su talento lo llevó a Lima donde fue contratado como caricaturista en revistas como *Variedades* y *Mundial*. Ya en 1918 el escritor Clemente Palma apuntaba en *Variedades* la singularidad de Arequipa como tierra que aportaba grandes exponentes al arte de la caricatura en el Perú.

En los Capítulos 5 y 6 se hace un recorrido por la obra de Manuel Benavides Gárate, Julio César Málaga -al que Zevallos llama “el otro Málaga”-, Raúl Valencia y Teodoro Núñez Ureta. Valencia colaboró con el diario *La Prensa*, publicación que impulsó la obra de muchos dibujantes, pero donde su obra sería realmente valorada fue en la ciudad de Buenos Aires, donde fue conocido por el apodo de “El cholo” y donde fue contratado por el diario *Crítica* para trabajar en su suplemento cultural que era dirigido nada más ni nada menos que por Jorge Luis

Borges con quien, según Zevallos “entablaría una entrañable amistad” (p. 58). Mención especial merece la obra de Núñez Ureta, pintor, escritor y caricaturista, quien desde muy joven manifestó sus convicciones políticas al participar, junto con otros jóvenes estudiantes, en las protestas que se desataron en la ciudad de Arequipa contra la dictadura del coronel Sánchez Cerro. Zevallos nos refiere que una caricatura, donde criticaba el servicio militar obligatorio implantado por el régimen, le valió ser exiliado a Chile, como otros que lo antecedieron, en tiempos donde la democracia era puesta a prueba por una seguidilla de gobiernos autoritarios y golpes de estado.

El Capítulo 7 se titula *El poder de la caricatura arequipeña* y está dedicado a prestigiosos artistas de los años cincuenta y sesenta como Guillermo Osorio, quien colaboró en diarios tan importantes como *La Prensa* y en la revista *Caretas* donde hizo gala de su creatividad e ironía en la página *Ají molido*, nombre que evoca a su natal Arequipa; y Julio Fairlie, creador del conocidísimo personaje de *Sampietri* para la sección cómica del diario *Ultima Hora*, personaje – cuyo nombre deriva de la palabra “zampón” – que representaba al criollo vivo, holgazán y fanfarrón. El personaje fue tan popular que desplazó a los habituales personajes “gringos” de las tiras cómicas, permaneciendo cerca de veinte años en las simpatías del público.

El Capítulo 8 se titula *La saga continúa*, debido a que se centra en la obra del artista Alonso Núñez Rebaza, hijo del gran Teodoro Núñez Ureta, también nacido en la ciudad blanca. Como muchos caricaturistas, Alonso Nuñez es también artista, escultor. Luego de una infancia signada por diversas enfermedades, se decanta por la caricatura, y en 1978 entra como dibujante a la popular revista *Monos y Monadas*, donde por aquel entonces también colaboraban dibujantes como Juan Acevedo y Carlos Tovar “Carlín”, todos ellos hoy muy conocidos y cuyos trabajos son fácilmente reconocibles por el moderno público lector. De esta revista, Zevallos nos dice que fue un “verdadero laboratorio de humor” en aquel entonces, que no se ha vuelto a repetir. Durante los años noventa, Núñez Rebaza es llamado a trabajar en el suplemento humorístico *No* de la revista *Sí* dirigida por el periodista César Hildebrandt, suplemento muy recordado por la gente que hoy traspasa

los 40 años. La revista *Sí* se convirtió en semanario de expresión de todas las inconformidades políticas de toda una generación. Volviendo a Núñez Rebaza, debemos decir que como caricaturista es el artista del “gesto”. Según palabras de Zevallos, “Alonso no necesita recrear el entorno de sus caricaturizados, le basta con ceñirse al gesto preciso para identificar al personaje en su entorno intrínseco” (p. 101). Sorprende la familiaridad con la que Omar Zevallos trata a los caricaturistas más modernos, los llama por su nombre de pila, como viejos conocidos, amigos de oficio, de toda la vida. Y ello le da frescura y contemporaneidad a su obra.

En este punto Zevallos nos regala un acápite titulado *Pintores caricaturistas*, donde nos explica que en todos los pintores arequipeños existe un común denominador, todos han sido caricaturistas en algún momento de su carrera artística. Tal es el caso de Luis Palao Berastain, Carlos de Riva, Alejandro Núñez Ureta (hermano de Teodoro) y José Luis Pantigozo. Zevallos conjetura que dichos artistas realizaron caricaturas ya sea como una forma de experimentación artística o como parte de aquella “vieja tradición” arequipeña de la que nos hablaba al comienzo de su obra.

El Capítulo 9, titulado *Tres en contra*, es por demás interesante – y entrañable – debido a que es el único capítulo de todo el libro en el cual Omar Zevallos se menciona a sí mismo, pero no de manera individualizada (como lo ha venido haciendo con los caricaturistas que lo antecedieron), sino como parte de una triada integrada por Luis Pantigozo Meza, Rafael Polar Mogrovejo, y él mismo, que se encontraron inopinadamente en los claustros de la Escuela de Bellas Artes Carlos Baca Flor en la ciudad de Arequipa, en los años setenta, para “reírnos del mundo”. Juntos estos tres talentosos jóvenes inauguraron la muestra que intitularon *Tres en contra* en 1979, en tiempos de crisis nacional debido a la transición entre el gobierno militar de Francisco Morales Bermúdez y el inicio de una nueva etapa democrática en nuestro país. Como catálogo de la muestra, un sencillo documento impreso en mimeógrafo donde Carlos de la Riva anotaba que estos tres jóvenes habían estudiado en la prestigiosa Escuela de Bellas Artes pero que ello no había determinado su vocación. “Creo que el caricaturista no

es el producto de una academia. Es porque es, simplemente” (p. 108), se afirma en dicha presentación. La muestra no gozó con las simpatías del régimen y el Prefecto de Arequipa ordenó la censura inmediata. Nuevamente es interesante constatar que las persecuciones de generaciones de caricaturistas por los diferentes regímenes autoritarios instaurados en nuestro territorio han sido una constante en nuestra historia republicana, como lo habíamos acotado líneas arriba. Gracias a esta obra, y a que Zevallos lo anota sin ningún tapujo (¡Cómo se nota que ya no vivimos en épocas de dictaduras ni golpes de Estado!), es que podemos caer en cuenta que la tan consabida libertad de expresión tan sólo fue un mito, un ideal libertario, difícilmente realizable en un Estado en formación. Y aunque ya lo sabíamos es interesante constatarlo a través de los datos que nos proporciona el autor.

Consignando la obra de artistas contemporáneos como Jhimmy Martínez Salas, Alfredo Villavicencio y Rafael Barrionuevo, termina el capítulo 9 y también este recuento histórico por la vida de los grandes caricaturistas arequipeños. El Capítulo 10 está dedicado a consignar expresiones de las obras más destacadas de estos artistas, en láminas bellamente impresas a todo color y en gran formato. Esta sección constituye un anexo invaluable para disfrutar a plenitud las principales obras de estos artistas que el autor nos ha presentado.

Finalmente, en el Capítulo 11, titulado *¿Por qué hay tantos caricaturistas en Arequipa?*, el autor baraja una serie de posibilidades para intentar responder a una pregunta con la que, además, inició el recorrido de esta obra. Y nosotros damos aquí por terminada esta reseña. Los diferentes intentos de respuesta a esta pregunta las dejamos a vuestra libre curiosidad y discernimiento.

Ana Claudia Reinoso Monroy